

virtud, de amor, que se derramaba en todas direcciones, y á grandes distancias, en bien de sus semejantes. ¿Qué encuentra V. de poco racional, de poco digno, en perpetuar la memoria de acciones tan nobles, tan grandes y provechosas? ¿no han hecho lo mismo, cada cual á su manera, todos los pueblos de todos los tiempos y países? ¿le parece á V. que en esta obra se hallen mal empleados los prodigios del arte?

Quiero suponer que se trate de una vida deslizada suavemente en medio de la contemplacion, en la soledad del desierto ó en la práctica de modestas virtudes en la oscuridad del hogar doméstico; aun en este caso, no hay ningun inconveniente en que el arte se consagre á perpetuarlas en la memoria. ¿No vemos á cada paso cuadros profanos descriptivos de una escena de familia, ó que nos recuerdan una buena accion que nada tiene de heroica? La virtud, sea cual fuere, hasta en su grado mas infimo, ¿no es bella, no es atractiva, no es un objeto digno de ser presentado á la contemplacion de los hombres? Pero advierta V. que las virtudes comunes no son objeto de culto entre los católicos; para que se les tribute este homenaje de pública veneracion, es necesario que sean en grado heroico, y que ademas reciban la sancion de la autoridad de la Iglesia.

Abandono con entera confianza estas reflexiones al buen juicio de V., y abrigo la firme esperanza, de que contribuirán á disipar sus preocupaciones, llamándole la atencion hácia puntos de vista en que V. no habia reparado. Siendo V. ardiente entusiasta de lo filosófico y bello, no podrá menos de admirar la filosofía y belleza del dogma católico en el culto de los santos. De V. afectísimo y S. S. Q. B. S. M.

J. B.

CARTA XXI.

Mi estimado amigo : me alegro que la carta anterior no le haya producido á V. una impresion desfavorable; y que no se niegue á reconocer la belleza y la filosofía que se encierran en el dogma católico, « presentado bajo este punto de vista. » No quiero sin embargo, que se atribuya al modo de presentar la cosa, lo que solo pertenece á la cosa misma. Para tomar este punto de vista que á V. le agrada, no he necesitado salir de la realidad, sino mostrar los objetos tales como eran; indicando las consideraciones á que brindaban las mismas dificultades que se me habian propuesto.

Se inclina V. á creer que para deshacerme de mi adversario, he procurado atacarle por el flanco mas débil; pero que he evitado el presentar el dogma en todo su conjunto. Ya no es V. enemigo de las imágenes de los santos en las iglesias, lo que quiere decir que ha dejado V. de ser iconoclasta. Ahora se ha refugiado en otra trinchera, y dice que, si bien no le parece mal que se perpetúe la memoria de las virtudes de los santos en

cuadros y estatuas, y hasta se les tribute en las funciones religiosas un homenaje de acatamiento y veneracion, no ve la necesidad de admitir esa comunicacion incesante entre los vivos y los muertos, poniendo á estos por intercesores en cosas que podemos pedir directamente por nosotros mismos. Añade V. que siendo uno de los caracteres principales del cristianismo el unir íntimamente al hombre con Dios, con union imperfecta en esta vida y perfecta en la mansion de la gloria, debe tenerse por mas propio, mas digno, y sobre todo mas elevado, el que el hombre dirija por sí mismo sus plegarias á Dios, sin valerse de mediadores, y que no traslademos á las cosas del cielo las costumbres que tenemos acá en la tierra. Es una fortuna que sea V. quien propone la dificultad, fundándola en semejante principio; porque es bien seguro que si por una ú otra causa hubiese yo dicho que el hombre se habia de dirigir *inmediatamente* á Dios, me hubiera V. censurado, porque sin consideracion á la pequeñez humana salvaba yo la distancia que va de lo finito á lo infinito. De esta manera, siempre ven Vds. la sinrazon de nuestra parte: si nos levantamos muy alto, dicen que exageramos, que nos desvanecemos, que nos olvidamos de la pequeñez humana; si abatimos el vuelo, en consideracion á esta misma pequeñez, se dice que vamos arrastrando y que perdemos de vista la sublimidad de la humana naturaleza. Es preciso tener serenidad para sufrir con calma acusaciones tan opuestas; pero este es un sacrificio que debemos hacer en obsequio de la causa de la verdad, la cual tiene derecho á exigirnos este y otros mucho mayores.

El dogma de que la invocacion de los santos es no solo lícita, sino tambien provechosa, puede sufrir, como todas las verdades católicas, el exámen de la razon, sin peligro desalir desairado. Para fijar las ideas y evitar la

confusion de las mismas, planteemos la cuestion en un terreno despejado. ¿Hay algun inconveniente en admitir que Dios oye las oraciones de los justos, cuando ruegan, no para sí, sino para otros? Desearia que V. me dijese si á los ojos de una sana razon no es esto muy conforme á todas las ideas que tenemos de la bondad y misericordia de Dios, y de la predileccion con que distingue á los justos. Si admite V. un Dios, y no un Dios cruel que no cuide de las obras de sus manos y cierre sus oidos á las plegarias del infeliz mortal que implora su auxilio, debe V. admitir tambien que la oracion del hombre dirigida á Dios, no es una cosa vana, sino que puede producir y produce saludables efectos. Ahora bien; ¿hay cosa mas natural, mas conforme á la sana razon, mas acorde con los sentimientos de nuestra alma, que el rogar á Dios no solo para nosotros, sino tambien para los objetos de nuestro cariño? La madre que tiene en sus brazos á su tierno hijo, levanta los ojos al cielo implorando para él la bondad del Eterno: la esposa ruega por el esposo; la hermana por el hermano; los hijos por los padres; y el anciano moribundo reune en torno de su lecho á su descendencia y extiende sobre ella su mano trémula, dándole su bendicion, y rogando al cielo que la bendiga. La oracion del hombre en favor de sus semejantes es una inclinacion innata en nuestro corazon; se la halla en todas las edades, sexos y condiciones, en todos tiempos y paises; se la ve expresada á cada paso en el grito de la naturaleza que nos hace invocar á Dios al presenciar un peligro ageno.

La comunicacion de las criaturas intelectuales en el seno de la divinidad, el reciproco auxilio que pueden prestarse con sus oraciones es una tradicion universal del género humano; tradicion ligada con los sentimien-

tos del corazón, mas íntimos y mas dulces; pintada por todos los historiadores, cantada por todos los poetas, inmortalizada en el lienzo y en el mármol por innumerables artistas; admitida por todas las religiones, expresada en todos los cultos con ceremonias solemnes. Recorred la historia de los tiempos mas remotos, consultad los poetas mas antiguos, escuchad las narraciones populares cuyo origen se pierde en la oscuridad de los tiempos heróicos y fabulosos, examinad los monumentos y las bellezas, orgullo de los pueblos mas cultos, siempre, en todas partes encontrareis el mismo hecho. Hay una guerra: la juventud de un pueblo está corriendo peligros en el campo de batalla; las esposas, los hijos, los padres de los combatientes, imploran sobre estos el auxilio divino, ora en el retiro del hogar doméstico, ora en los templos públicos con solemnes sacrificios. Hay un viajero de quien hace largo tiempo no se han recibido noticias: su familia desolada teme que haya sido víctima de algun accidente funesto; pero abraza todavía alguna asperanza; quizás vaga solitario y perdido por tierras desconocidas; quizás juguete de las olas ha sido arrojado á playas inhospitalarias, ¿cuál es la inspiracion de aquella familia? levantar los ojos y las manos al cielo, orar, implorando la divina misericordia en favor de aquel desventurado. La historia, la poesia, las bellas artes son un no interrumpido testimonio de la existencia de este sentimiento, de esa firmísima creencia de que á los ojos del Altísimo son aceptas las plegarias que el hombre le dirige en favor de otro hombre.

Ahorabien, ¿hay algun inconveniente en que deseemos los unos las oraciones de los otros, aun de los que viven sobre la tierra? Caro es que no; de lo contrario seria preciso desechar todas las religiones, y hasta ponernos en contradiccion abierta con uno de los sentimientos

mas tiernos, mas puros, que se abrigan en el corazón humano. No creo que la filosofia de V. llegue á un extremo tan deplorable; no, no puede V. profesar una doctrina la cual ahoga el grito de la naturaleza, que resuena agudo y tierno al pié de la cuna, y se exhala apagado y fúnebre en los umbrales del sepulcro. No, no puede V. profesar una doctrina que responde con la sonrisa de la duda á la plegaria de la madre que ora por su hijo, de la esposa que ora por su esposo, del hijo que ora por su padre, del anciano que ora por su descendencia, del pobre socorrido que ora por su bienhechor, del amigo que ora por su amigo, de pueblos enteros que oran por los valientes que defienden la independencia de su país, ó llevan á países remotos el nombre de su patria bajo un pabellon victorioso.

Las consecuencias de lo dicho apenas necesito sacarlas; V. las habrá visto ya, y por cierto sin mucho trabajo. Segun nuestra doctrina, los santos son hombres justos que disfrutan en la gloria el premio de sus virtudes; ellos no necesitan orar para sí, pues que están exentos de todos los males y peligros, y han conseguido cuanto cabe desear; pero pueden orar por nosotros; si esto podian hacerlo en la tierra, ¿cuánto mas podrán hacerlo en el cielo? Si los mortales oramos por otros mortales, ¿no podrian ó no querian orar por nosotros, los que han conseguido una felicidad inmortal? Sus oraciones son aceptas á Dios de una manera particular, son un incienso agradable que humea incesantemente ante el trono del Eterno. Ellos vivieron como nosotros en esta tierra de infortunio, y no se han olvidado de nosotros. La Iglesia nos dice: «implorad la intercesion de los santos: rogadles que oren por vosotros; esto es lícito; esto es grato á los ojos de Dios; esto os será muy provechoso en vuestras necesidades.» Hé aquí el dogma.

Si la filosofía de V. le encuentra poco acorde con la razón natural, y los sentimientos del corazón humano, me compadezco de V. y de su filosofía, y no acierto á comprender los principios en que la funda. A decir verdad, espero que cederá V. gustoso á la luz de unas razones, á las cuales no veo que se pueda contestar nada sólido, ni siquiera especioso. En cuyo caso, no puedo menos de recordarle á V. la necesidad, tantas veces inculcada, de no proceder con ligereza en materias tan graves, y de reflexionar que en los dogmas mirados por la incredulidad con indiferencia y desprecio, se ocultan tesoros de sabiduría que se encuentran tanto mas profundos cuanto mas se los examina á la luz de la filosofía y de la historia. De V. su afectísimo y S. S. Q. B. S. M.

J. B.



CARTA XXII.



Mi apreciado amigo : varios extremos contiene la carta de V. en contestacion á mi anterior, y entre ellos noto una indicacion en que sin poner en duda la verdad de la cita, manifiesta desear que le traslade los pasajes de Leibnitz donde habla en sentido favorable al dogma católico sobre el culto de los santos. No tengo en esto la menor dificultad. Hélos aquí. « Piensan los varones prudentes y piadosos que no solo se ha de inculcar en el ánimo de los oyentes, sino tambien manifestar en cuanto sea posible por signos externos, la diferencia *inmensa é infinita* que hay entre el honor que se debe á Dios y el que se tributa á los santos : al primero le llaman los teólogos Latria, al segundo Dulia, desde san Agustin. « Itaque censent viri pii et prudentes, dandam esse operam, ut omnibus modis discrimen *infinium atque immensum* inter honorem, qui Deo debetur et qui sanctis exhibetur, quorum illum latriam, hunc duliam post Augustinum theologi vocant, non tantum inculcetur audientium ac discentium animis sed etiam externis signis, quoad licet, ostendatur » (Sistema teológico).

Por de pronto tiene V. reconocida por Leibnitz la diferencia de los cultos de Latria y de Dulfa; diferencia que llama nada menos que *inmensa, infinita*; y es de advertir que confiesa haber tomado esos términos de los mismos teólogos. En cuanto á los varones piadosos y prudentes de que habla Leibnitz, puede V. ver cumplidos sus deseos en todos los escritos católicos, desde la obra mas magistral hasta el mas pequeño catecismo, desde la mas solemne funcion de la Iglesia, hasta la mas leve ceremonia. Pero no se contenta el ilustre filósofo con lo que acabamos de ver; se propone defender completamente á los católicos, y lo hace de la manera siguiente: « En general se ha de tener por cierto que no se aprueba el culto de los santos y el de las reliquias, sino en cuanto se refiere á Dios, y que no debe haber ningun acto de religion que no se resuelva y *termine* en honor de Dios omnipotente. Así, cuando se honra á los santos, debe entenderse como se dice en la Escritura: *honrados han sido tus amigos, oh Dios, y alabad á Dios en sus santos. Generaliter tenendum... neque cultum sanctorum aut reliquiarum probari, nisi quatenus ad Deum refertur, nullumque religionis actum esse debere, qui in honorem unius omnipotentis Dei non resolvatur ac terminetur. Itaque cum sancti honorantur, hoc ita intelligendum est quemadmodum in Scriptura dicitur: Honorificati sunt amici tui, Deus; et Laudate Dominum in sanctis ejus.* » (Ibid.)

Mas abajo, combatiendo á los que acusan de idolatría el culto de los santos, les recuerda la antiquísima costumbre de la Iglesia en celebrar las fiestas de los mártires, y las reuniones piadosas que en sus sepulcros se tenían desde los primeros siglos, y continúa con las siguientes observaciones sobremanera notables. « Es de temer que los que así piensan, abran el camino para

destruir toda la religion cristiana; porque si desde aquellos tiempos prevalecieron en la Iglesia horribles errores, se ayuda en gran manera la causa de los Arrianos y Samosatenos, que computan desde aquellos tiempos el origen del error, y defienden que se introdujo á un mismo tiempo el misterio de la Trinidad y la idolatría... Dejo al juicio del lector el resultado que esto deberá traer. Los ingenios audaces llevarán mas allá sus sospechas, pues se admirarán que Jesucristo que tanto prometió á su Iglesia, haya dejado campear hasta tal punto al enemigo del género humano, que destruida una idolatría, le haya sucedido otra; y de los diez y seis siglos apenas se halle uno ó dos en que se haya conservado bien entre cristianos la verdadera fé; cuando vemos que la religion judáica y la mahometana continuaron por muchos siglos bastante puras, conforme á la institucion de sus fundadores. ¿En qué lugar quedará entonces el dictámen de Gamaliel que decia deberse juzgar de la religion cristiana y de la voluntad de la Providencia, por el resultado? ¿Qué pensariamos del cristianismo, si no pudiese sufrir la prueba de esa piedra de toque? Verendum autem est ne qui ita sentiunt viam aperiant ad omnem rem christianam convellendam, nam si jam ab illis temporibus horribili errores in Ecclesia prævaluerunt, Arrianorum et Samosatensorum causa mirifice juvatur, qui originem erroris ab illis ipsis temporibus computant, atque obscure defendunt Trinitatis misterium et idololatriam simul invaluisse... Judicandum cuique relinquo quod res sit evasura; quinimo procedet ulterius suspicio audacium ingeniorum; mirabuntur enim Christum promissis tam largum erga suam Ecclesiam, tantum hosti generis humani indulsisse, ut, una idololatria profligata, succederet alia, et ex sedecim seculis vix unum aut duo sint in quibus, vera fides utcumque inter Christianos sit conser-

vata, cum Judaicam ac Mahometicam religionem videamus tot seculis satis puram secundum fundatorum instituta perstitisse. Quo igitur loco manebit consilium Gamalielis, qui de christiana religione et Providentiæ voluntate ex eventu judicandum dicitabat; aut quid de ipso christianismo judicabitur, si lapidem hunc Lydium parum adeo sustineret?»

Las reflexiones de Leibnitz debieran ser tomadas en consideracion por cuantos verian con disgusto la extirpacion de los restos del cristianismo entre las sectas protestantes. Por desgracia, las previsiones de este grande hombre se van realizando en su misma patria, de una manera lastimosa. La Alemania está presentando en la actualidad un espectáculo deplorable: la disolucion de las ideas en materias religiosas ha llegado al último extremo: ahora se coge el fruto de la semilla esparcida en otras épocas. Se creyó que se podian atacar los dogmas católicos y guardarse al mismo tiempo del escepticismo, conservando de la religion cristiana lo que bien pareciese á los falsos reformadores; el tiempo ha venido á frustrar estas esperanzas de una manera cruel. Una lógica inflexible ha ido sacando las consecuencias de los principios establecidos; actualmente, el protestantismo no es ya mas que una vana sombra de lo que fué. La anarquía religiosa ha llegado á su colmo: el escepticismo está haciendo estragos en todas las clases de la sociedad; y una filosofía nebulosa y seductora cuida de arraigarle mas y mas, difundiendo sus doctrinas panteistas, que en último resultado no son otra cosa que un nuevo disfraz con que se presenta el ateismo para excitar menos repugnancia.

Otra indicacion me hace V. sobre la adoracion de las reliquias; aunque segun veo, lo que llevo dicho respecto al culto de los santos ha quebrantado mucho en

el ánimo de V. la fuerza de esta última dificultad.

Es un sentimiento natural al hombre el extender su amor ó su veneracion á los objetos que se hallan inmediatos á la persona querida ó venerada. Conservamos con sumo cuidado las prendas que pertenecieron á personas que poseian nuestro afecto; y sucede con frecuencia que cosas de un valor insignificante lo tienen inmenso, cuando se las mide por las afecciones del corazón.

Los cuerpos de los difuntos han sido mirados siempre con una especie de respeto religioso; y las profanaciones de los sepulcros causan mas horror que el atropello de la habitacion de los vivientes. Todos los pueblos han respetado los sepulcros y los han puesto bajo el amparo de la religion; y ademas el cadáver de un hombre ilustre ha sido considerado siempre como un tesoro de mucho valor digno de que se lo disputasen los pueblos, y tuviesen á dicha y orgullo la fortuna de poseerlo. Esta veneracion se ha extendido á todo cuanto le perteneciera. Su habitacion es conservada cuidadosamente y libertada de las injurias de los tiempos para que puedan visitarla las generaciones venideras; su traje, sus utensilios, sus muebles mas insignificantes se enseñan como una preciosidad, y tienen una estimacion superior á todo precio. Santifique V. este sentimiento del género humano; purifíquelo de cuanto puede mancillarle; llévele á un orden sobrenatural por su objeto y su fin, y tiene V. una explicacion filosófica del culto de las reliquias, y se libra de la necesidad de condenar á las gentes sencillas y no sencillas, que hacen por motivos religiosos, lo que hace, hasta en las cosas profanas, todo el género humano. Ya ve V. que donde se creyera sorprender misterios de supersticion, se encuentran los sentimientos mas tiernos y mas sublimes de nuestra alma,

purificados, elevados, dirigidos por la religion católica.

Voy finalmente á contestar á la última pregunta que V. me hace sobre la utilidad del culto de los santos, respecto á conservar y promover el espíritu religioso entre los pueblos. Teme V. que dándose al culto una direccion sobrado sensible, se pierda de vista el objeto principal, y se sustituyan á lo esencial de la religion prácticas secundarias. Ante todo conviene advertir, que la Iglesia católica no es culpable de ciertos abusos en que puedan haber caido algunos fieles. Cuando V. me arguye en este sentido, lejos de debilitar el dogma católico y la santidad de las prácticas de la Iglesia, me suministra una nueva razon para defender esas prácticas y el dogma en que se fundan. La excepcion confirma la regla : no hubiera V. notado el abuso, si no fuera general el buen uso. Mucho antes que V. pensase en ello, habia tomado la Iglesia las convenientes precauciones para evitar todo linaje de abusos, enseñando á los pueblos el verdadero sentido de las doctrinas católicas, y amonestándolos de que en semejantes actos, procurasen conformarse al espíritu de la Iglesia y á sus venerables prácticas, con arreglo al ejemplo y enseñanza de sus legítimos pastores. Si V. insiste en que á pesar de esto ha habido algunos abusos, yo replicaré que esto es inevitable, atendida la condicion de la flaca humanidad ; y le rogaré que me señale una verdad, una costumbre, una institucion, por puras y santas que sean, de que los hombres no hayan abusado repetidas veces. Dejando pues estas excepciones que nada prueban sino la debilidad humana, que por cierto no necesita ser probada de nuevo, vamos á la dificultad principal.

Tan lejos estoy de creer que pueda ser dañoso á la conservacion y fomento de la religion el que se ofrezcan objetos á la sensibilidad, que antes bien, lo considero

útil y hasta necesario. El argumento de V. es de aquellos que por probar demasiado no prueban nada ; pues que sacando las últimas consecuencias del culto puramente espiritualista que V. desea, llegaríamos á condenar todo culto externo. Si hay inconveniente en interesar la sensibilidad con el culto, será preciso desterrar de los templos toda insignia religiosa, la música y toda especie de canto ; y no solo esto, sino arruinar los templos mismos, pues que están destinados á conmover al alma, por medio de la sensibilidad, con sus formas magníficas é imponentes. De esto resulta con toda evidencia, que no se puede admitir la teoría de V. sin condenar todo culto externo ; por consiguiente, lo único que puede exigirse es que la sensibilidad no traspase sus límites, y se someta á las leyes que le imponga el verdadero espíritu religioso.

Es notable que el espíritu humano está sujeto continuamente á una accion y reaccion. Cuando se halla muy penetrado de una idea ó de un sentimiento, expresa su afeccion íntima con una forma sensible ; y por el contrario, las formas sensibles ejercen sobre nuestro espíritu una reaccion misteriosa, excitando y aclarando las ideas, y avivando y enardeciendo los sentimientos. Hay aquí dos movimientos que se ayudan recíprocamente : uno de adentro hácia fuera, otro de fuera hácia dentro : resultado natural de la íntima union del cuerpo con el espíritu, y expresion de la armonía establecida por el Criador entre dos seres tan diferentes, unidos íntimamente con un lazo misterioso.

En estos principios se funda la razon *filosofica* de la naturalidad y utilidad del culto externo. Naturalidad, en cuanto es muy natural al hombre expresar sensiblemente sus pensamientos y sentimientos ; utilidad, en cuanto esas expresiones sensibles tienen la propiedad de aclarar

y conservar los pensamientos, y excitar y enardecer los sentimientos. Ahora bien : presentada la cuestion bajo este punto de vista, se descubre á la primera ojeada la inmensa utilidad del culto de los santos. En él se desplagan los sentimientos mas naturales del corazon ; se pone el hombre en comunicacion con la divinidad por medio de seres que fueron un dia frágiles como él, y que aun ahora, son de su misma naturaleza. Les habla su lenguaje, les cuenta sus penas, los interesa para que le ayuden en su desventura ; y al darles gracias por algun favor conseguido, como que se propone hacerlos participantes de su dicha. Esto, sin dejar de ser muy puro y muy santo, acomoda en cierta manera la sublimidad de la religion á la flaqueza humana : los misterios mas altos se graban en la memoria con formas sensibles, y el cristiano encuentra en los santos un dulce atractivo para la devocion, y hermosos modelos de donde puede tomar reglas seguras para dirigir su conducta.

Estas consideraciones son suficientes para desvanecer las dificultades que le presentaban á V. los dogmas católicos bajo un punto de vista falso : por ellas se habrá V. convencido de que no confundimos lo principal con lo accesorio, ni lo esencial con lo accidental. Dios, ser infinito, origen de todo, fin de todo, término final de todo culto ; Jesucristo, Dios y hombre, redentor del humano linaje, en cuyo nombre esperamos salvarnos ; los santos, amigos de Dios, unidos con nosotros por el vínculo de la caridad é intercediendo por nosotros ; el hombre compuesto de cuerpo y alma expresando sensiblemente lo que experimenta en su espiritu, y fomentando sus afecciones interiores con objetos sensibles, Dios, Jesucristo, principales objetos de nuestro culto ; los santos, objeto de nuestra veneracion en cuanto están unidos con Dios y con Jesucristo Dios y hombre ; hé aquí en

resúmen las grandes ideas del catolicismo en materia de culto. Examínelas V. bajo todos los aspectos, y nada encontrará en ellas que no sea razonable, justo, santo, digno de una religion divina. De V. afectisimo y S. S. Q. B. S. M.

J. B.